CAPÍTULO CUARTENTA Y SIETE

I AM NOT YOUR GURU

Me quería morir. Había ido a recibir un premio y, ahí, desde el estrado, le había dicho vieja a Mirtha Legrand, estrella de la TV Argentina durante varias generaciones, frente a cientos de personas.

-¿Qué me estás queriendo decir? -me preguntó ella, haciéndose la ofendida, con su tono inconfundible, desde la primera fila.

Fueron 15 segundos de una vergüenza que me costaba ocultar. Está todo en video, menos el calor que pasé por dentro. En realidad, eso también está; en el sudor que apareció segundos después. Pensé que era el papelón de mi vida, frente a mi familia, parte de mi equipo, la prensa y la Señora Legrand. ¿Pude haber sido más desubicado? ¿Para qué corro siempre estos riesgos? Si fuera bueno de verdad, esto no me pasaría, pensé.

Saqué la pata que tenía metida hasta la rodilla con bastante decoro. Dije lo que había ido a decir (que no era vieja a Mirtha, claro está), bajé del escenario y ni Mirtha me negó la foto que nos sacamos con mi hija, ni mi familia se tapó la cara, ni mi equipo se fue sin saludar. ¡Y hasta se acercó alguien a quien no conocía a decirme que tenía que hacer televisión! El feedback que recibí contrastaba con mi vergüenza.

Mi ego no sabía si deprimirse o agrandarse.

> Animarse a hablar en público es un esfuerzo que la audiencia valora más de lo que pensás.

Me cansé de ir a charlas en donde un orador dedica 80 por ciento de su presentación a describir su empresa y, cuando viene lo interesante, se da cuenta de que ya no le queda tiempo. U otro que hace referencia a su libro o a su negocio de consultoría. Yo doy charlas y no lo ando escribiendo cada vez que puedo. Ups.

Desde hace años admiro a muchos oradores, en general personas que sé que se formaron, practicaron miles de horas y siguen empujándose a más. En mi proceso de aprendizaje, siempre recibí el mismo mensaje: "El control es clave". En cambio, haciendo mi propio camino, descubrí que la clave es otra. Intentar controlarse contractura, acartona, le quita valor. La clave es la entrega.

> Hay dos actitudes en un escenario. Dar o esperar algo. Cuando das, la audiencia lo agradece.

La mitad del vaso

-¿Querés venir a dar una charla sobre Innovación en el Malba? -me ofrecieron.
Genial, pensé.
-¿Cuándo? me apuré a preguntar.
-El 16 de noviembre. Queremos que hables sobre "Innovación en la Carrera Profesional".

¿Ehhh? ¿Cómo? ¿No querés que hable sobre estrategia de empresas y sí sobre algo de lo que no sé? No, por suerte no se lo dije. Lo peor que podía pasar es que aprendiera en el camino. Y un poco de vergüenza.

Mi ego no sabía si deprimirse o agrandarse.

> Decile a tu ego que esto también pasará.

Una de las cosas que no expliqué en esa charla es que hace cuatro o cinco años empecé un Excel que actualicé muchas veces: eran mis ahorros dividido mis gastos mensuales, en tres versiones ("Gastos actuales",

"Gastos reducidos" y "Modo desesperado"). Cada mes ahorraba un poco, entonces el resultado mejoraba. A veces tenía que ajustarlo por el resultado de inversiones y otros. No era de "contador", sino de "economista", con bastantes estimaciones. Pero me dio seguridad para poder transitar este proceso y dedicarme plenamente a mi nuevo emprendimiento: "Leo Piccioli".

Otra de las cosas que aprendí con esa planilla, una vez que la proyecté hacia adelante muchos años, es que a medida que pasa el tiempo necesito menos ahorros para lo que considero conceptos de "seguridad": una reserva para emergencias de salud y otra para que mis hijos puedan dar un salto en su vida si lo necesitan. Obviamente la probabilidad de que me enferme aumenta con los años, pero el tiempo se reduce, por lo que se neutralizan. Y mis hijos, dentro de unos años ya serán adultos y no van a necesitar esa ayuda de mí. Por eso entendí algo muy importante, que hace poco leí en Twitter:

> Una herencia es un error de cálculo.

Me dejó pensando en los workaholics, que tienen esa disciplina inmensa para trabajar mucho en función de un futuro mejor, y que después mirarán para atrás preguntándose si el pasado alguna vez fue presente.

No soy gurú de nada

-¿Se imaginan un mundo en donde cada líder se enfocara en desarrollar mejores líderes, en donde cada padre se enfocara en que sus hijos lo superaran?

Eso es lo que había ido a decir cuando me dieron el premio de la Asociación de Dirigentes de Empresa, cuando estuve esos tres minutos frente a Mirtha. A partir de ese momento no paré de recibir felicitaciones y agradecimientos. La mayoría fue de gente que me decía que mi mensaje (ése o la serie casi en tiempo real de mi salida de la corporación, que hoy forma parte de este libro y está en la Parte Tercera, Transición) le había llegado "en el momento justo". Vuelvo a lo que dije en mi artículo Soy solo: no soy gurú ni lo quiero ser.

> Hay miles de personas pasando por lo que estás pasando ahora. Los podés ayudar. Y pedir ayuda. Somos todos gurúes.

Unos días más tarde me escribió alguien que quería salir de la "jaula de oro" y no se animaba. Minutos después recibí otro mensaje de alguien feliz en la jaula de oro. Y un poco más tarde uno de otra persona que estaba sin trabajo, buscando una jaula de lo que sea. Todos necesitaban compartir lo que les pasaba y algunos pedir ayuda. Siempre que puedo, trato de ayudar; pero aprendí a hacer siempre una salvedad:

> Yo no tengo la verdad de nada. O mejor dicho, todos la tenemos.

Capítulo 47 de *Soy Solo* (mayo de 2018).

Escuchalo con un comentario al final:
leopiccioli.com/libros/soysolo/47